

## La primera Travesía

**E**l de 1984 fue el año en que se inauguraron las «travesías por América» como parte de las actividades curriculares de la Escuela. Un poco antes, Godofredo Iommi había instaurado las matemáticas y el ejercicio de aprenderse cinco poemas de memoria para ser recitados junto al examen de taller. Recitar de manera correcta no era una cosa superficial o anecdótica, y muy por el contrario, era una tarea seria y de mucho rigor: no saberse bien el poema era motivo suficiente para reprobar.

Tuve el privilegio de ser muy cercana a Godofredo Iommi. Él fue un padre espiritual, un maestro, una persona clave en mi formación como arquitecta. De hecho, gracias a que él me relató su visión de Amereida y la necesidad de crear ciudades propiamente americanas, hizo que me decidiera a ser arquitecta y no diseñadora, que había sido mi idea al entrar a la Escuela en 1978.

Conocí a Godo unos meses después de iniciar mis estudios, comiendo el clásico pan batido con queso en el casino de la señora Lela. De inmediato empezó una amistad de discípula-maestro, en la que sostuvimos largas conversaciones mientras caminábamos desde la Escuela en Recreo hasta la calle Valparaíso. Pienso que tal vez vio en mí esa fidelidad a Amereida, a la obra como original, a fundar una cultura americana y al hacer poético que ha caracterizado mi oficio. Fue en estas conversaciones, donde yo le contaba mi experiencia como alumna —la única mujer durante muchos talleres y la dificultad que esto significaba— y él inventaba actos poéticos para dar «voz» a las mujeres —argumentando que los hombres chilenos tenían voz de pito, por lo que no podían recitar poesía—, que Godo me transmitía su preocupación por ver cómo la Escuela se volvía profesionalizante,

perdiendo su Eros fundacional. Por eso decidí que aprendiéramos matemáticas puras a través de algoritmos, ya que estas —decía— eran el lenguaje de la abstracción y del arte. Y más radical aún, incorporó las travesías a la malla curricular.

Por diversas razones suspendí un par de veces mis estudios de arquitectura, lo que me permitió participar de esta primera Travesía a San Andrés, en las montañas de Copiapó, muy cerca de Argentina, donde fuimos como titulantes a cargo de los alumnos de primer año. Los de arquitectura armamos una plaza con piedra liparita donde se recitó «La tierra baldía», de T.S. Eliot, y los de diseño hicieron un trazo territorial en la pendiente del cerro, en base a planchas de cobre y bronce que reflejaran la luz del atardecer para signar el nacimiento de la primera gota de agua del río Paraná. Recorrimos este río desde Rosario hasta Buenos Aires y escribimos un texto-relato orientado por Alberto Cruz, que luego se convertiría en nuestro proyecto de título.

En cualquier escuela tradicional, este texto-relato habría sido inaceptable como tesis de pregrado por desmarcarse del estándar convencional. Para mí, esa posibilidad ha sido la esencia espiritual de mi quehacer arquitectónico.

Cazú Zegers García